

J. R. Barat

LA CRIPTA NEGRA



 Bruño

B Bruño



© J. R. Barat
© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.brunolibros.es

ISBN: 978-84-696-6305-9
Depósito legal: M-44-2021



Reservados todos los derechos.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin el permiso escrito de los titulares del *copyright*,
la reproducción o la transmisión total o parcial
de esta obra por cualquier procedimiento
mecánico o electrónico, incluyendo
la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo públicos.
Pueden utilizarse citas
siempre que se mencione su procedencia.



PARALELO CERO

Dirección editorial:
Begoña Lozano

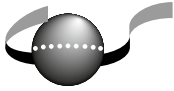
Edición:
Carmina Pérez

Diseño:
Emilio Rebull

Cubierta:
Miguel Ángel Parreño Barragán (MAPO)

Fotografía de cubierta:
Adobe Stock

PARALELO CERO



LA CRIPTA NEGRA

J. R. Barat

¿Qué haremos esta tarde?

HACÍA un mes largo que el nuevo curso había comenzado a caminar. El otoño se disolvía de modo imperceptible encenagado en suaves lluvias y ventoleras intermitentes de aire húmedo.

Las clases seguían su ritmo habitual. Los profesores se dedicaban a hablar de lo humano y lo divino, a citar reseñas, artículos, autores y títulos de libros, que anotábamos minuciosamente, para luego contrastar de forma documental, comparar casos similares, analizar lo investigado y extraer conclusiones que debíamos argumentar en acalorados debates públicos.

Alicia y yo solíamos sentarnos en las primeras filas. Ella tomaba nota de todo sin protestar, en silencio, con una caligrafía envidiable. Sus apuntes eran limpios e inteligentes, porque tenía una capacidad especial para discriminar lo esencial de lo accesorio.

Aquella mañana, yo trataba de seguir las explicaciones sin conseguirlo del todo. Llevaba varios días durmiendo mal. Bostezaba mientras escribía y tomaba apuntes. De vez en cuando, Alicia me soltaba un codazo para que me espabilara.

La mañana había terminado con la clase de Estructura de la Comunicación. El profesor Samuel Lahoz era uno de los mejores. Rondaría los cincuenta años y tenía un físico propio de un deportista. Llevaba el pelo un poco largo, vestía en plan desenfadado pero elegante y mezclaba la teoría con anécdotas divertidas, con lo que conseguía mantener despierto siempre al auditorio. Tenía un gran éxito entre las alumnas, sobre todo porque se había corrido la voz por los pasillos de la Universidad de que hacía dos años que se había separado de su mujer.

Alicia y yo caminábamos por el paseo, a la sombra de los plátanos, cogidos de la mano, mientras repasábamos la jornada. Nuestra conversación giraba en torno al profesor Lahoz.

–A mí me cae genial –me confesó Alicia–. Creo que es el menos plomo.

–Otra fan –bromeé sin poderlo evitar–. No sé qué os pasa a las de clase con Lahoz. ¿Es por la melenita de *rockero*? Si quieres, me dejo crecer el pelo...

Alicia rio.

–No te pega. A ti te va mejor la tonsura de los monjes franciscanos.

Fingí que me enfadaba. Luego, la atraje hacia mí y la estreché entre mis brazos. Puse mis labios a unos pocos centímetros de los suyos.

–Yo por ti me hago monje budista si hace falta.

La besé.

Ella volvió a reír, despreocupada y feliz.

Habíamos dejado atrás la boca del metro de Moncloa y caminábamos por la calle Princesa. Tanto a Alicia como a mí nos gustaba pasear desde la Facultad hasta casa, algo más de media hora. Era una buena caminata, pero nos servía para desconectar de todo y hacer algo de ejercicio. Luego, por las tardes, la mayoría de las veces, nos pasábamos las horas encerrados, leyendo, tomando notas y empollando como locos. Valía la pena

darse aquel largo paseo. Además, la vida de Madrid a aquellas horas del mediodía era bulliciosa y alegre.

–¿Qué haremos esta tarde? –me preguntó ya junto a la estación de Argüelles, que era el lugar donde separábamos nuestros destinos. Ella vivía en la calle Vallehermoso y yo en Marqués de Urquijo–. Es viernes.

–Pues yo tengo que pasar a limpio los apuntes de esta semana –dije en tono lastimero–. Si no lo hago, corro el peligro de perderme para todo el curso. Y me gustaría echar un vistazo a los artículos de ese tipo al que ha citado Calígula con tanto interés.

Calígula era el mote del profesor de Periodismo Audiovisual. Nadie sabía muy bien de dónde le venía aquel apodo, que en realidad correspondía al nombre de uno de los emperadores romanos más locos de la historia.

–Bueno, pues a mí me toca hacer la compra y limpiar el piso –replicó Alicia con gesto de resignación–. Si quieres echarme una mano, ya sabes que me encantará.

–De acuerdo. Pero no antes de las seis, ¿eh?

–Te estaré esperando con los brazos abiertos.

Nos dimos un beso y nos despedimos.

La vi partir entre el gentío. Alicia era un remolino de alegría. A veces me preguntaba qué sería de mi vida sin ella. Rememoré el tiempo que llevábamos juntos, desde aquel verano en Gélver, hacía ya la friolera de cuatro años... Y desde entonces, uña y carne, en lo bueno y en lo malo. Nos habíamos conocido cuando ambos terminamos cuarto de la ESO y ahora estábamos ya empezando tercero de Ciencias de la Comunicación.

Iba pensando en mis cosas, caminando por rutina, sin mirar por dónde iba, seguro de que mis pasos me llevaban a casa por los lugares de siempre. Y así era. Los mismos comercios, las mismas aceras, los mismos semáforos, los mismos edificios... Miré mi reloj de pulsera de manera inconsciente.

Las 14:43 h. En mi casa estarían ya esperándome todos para comer.

Fue entonces, al cruzar la calle Tutor, cuando oí unas extrañas voces en un idioma desconocido.

Me detuve y miré a mi alrededor. Madrid es una ciudad cosmopolita donde coexisten personas de todas las razas, etnias y latitudes del mundo. Es normal ir por la calle y oír hablar en lenguajes incomprensibles.

Pero a mi lado la vida transcurría con normalidad. Nadie parecía haberse dirigido a mí.

Parpadeé.

Volví a escuchar aquellas palabras en un idioma que no había oído jamás. No era un idioma anglosajón, ni árabe, ni eslavo, ni oriental... No sabía ubicarlo. Tal vez me recordaba a esos conjuros que proferían los hechiceros en las tribus de las selvas antiguas.

Pero ¿quién?, ¿dónde?

Volví a mirar a todas partes. Estaba justo en la intersección entre la calle Tutor y Marqués de Urquijo. Aquella voz grave y oscura me hablaba desde una lejanía incomprensible y tenía resonancias de sortilegio o maldición.

Alcé los ojos y lo vi.

Estaba en el alero de la azotea de un edificio altísimo.

Di un grito de terror. Aquel individuo estaba pensando en lanzarse al vacío. Había traspuesto el muro que delimitaba la azotea. A su espalda, se veía un bosque de antenas y nubes bajo un cielo inmaculado y azul.

Pero ¿cómo era posible que yo hubiera oído las palabras, expresadas en voz baja, de un hombre que estaba tan lejos?

Levanté los brazos y pedí ayuda, pero nadie a mi alrededor parecía escucharme. Todo el mundo seguía a lo suyo, ajeno a mí y a lo que ocurría allá arriba. Volví a levantar la mirada y contemplé atónito la escena.

De pronto, aquel infeliz se precipitó al vacío.

La violencia de aquella acción suicida era tanta que me tapé la cara con ambas manos.

–¿Le ocurre algo, joven?

Retiré las manos de la cara y miré al hombre que me contemplaba con expresión preocupada. Era un anciano de bigote y barba blancos, gafas de aumento y pelo escaso, del color de la nieve. Se apoyaba en un bastón.

Yo tenía la boca seca. Volví la cabeza hacia el lugar donde se suponía que había caído el suicida, pero no había nadie en el suelo. Los vehículos seguían circulando, la gente continuaba yendo y viniendo a sus quehaceres por las aceras.

¿Todo había sido una alucinación?

Aturdido, dirigí la mirada otra vez al anciano que me observaba perplejo.

–¿Se encuentra bien? –insistió.

–Sí. Supongo –balbucí–. No es nada.

–¿Seguro que no necesita ayuda?

Miré en todas direcciones, para comprobar que la existencia seguía su ritmo habitual. Respiré, aliviado. Al pasarme la mano por la frente noté que me ardía.

–No sé. Creo que he sufrido un mareo o algo parecido –le sonreí tímidamente–. Gracias, pero no es nada importante.

El anciano se alzó de hombros y se despidió de mí con un gesto. Me quedé sin moverme unos instantes. Alcé los ojos hacia la azotea de aquel edificio y luego los posé en la acera. Calculé que habría más de cincuenta metros de altura.

Reanudé mi camino a casa, intentando olvidarme de aquella visión, y pronto alcancé mi portal. Entré y subí por la escalera, saltando de dos en dos los peldaños. En mi casa, tal como esperaba, estaban todos sentados a la mesa.

Repartí besos y tomé asiento.

–Cada día llegas más tarde –protestó mi madre.

–Las clases acaban a las dos, y andando hay algo más de media hora –me excusé.

–¿Y por qué no coges el metro como la gente normal?

–Me gusta caminar, mamá. Ya lo sabes.

Mi padre acababa de sazonar la ensalada y la removía con dos cucharas. Empezó a servir a todo el mundo sin preguntar.

–¿Cómo van las clases? –quiso saber mientras dejaba caer en mi plato una mezcla de cosas verdes.

–Regular.

–Las mías van muy bien –dijo Irene sin que le preguntara nadie–. El de Filosofía nos ha puesto un examen para el lunes en el que entra toda la materia de los griegos y los romanos.

–Pues a estudiar –la animé sin mirarla.

–Y el miércoles tengo uno de Química Orgánica que quita el hipo. El profe nos ha estado explicando las distintas posibilidades de hibridación orbital del átomo de carbono, lo que en términos científicos se conoce como hibridación química...

–Vale, Irene –la cortó mi madre–. No hace falta que nos des una conferencia –luego, se volvió a mi padre–. Cariño, ¿me pasas la sal?

Mi hermana puso cara de princesa ofendida, pero no dijo nada más. Estaba estudiando segundo de Bachillerato, y andaba siempre contándole a todo el mundo lo mucho que la apretaban los profesores.

Cuando terminamos de comer, retiramos la mesa entre todos y luego nos dispersamos. Mis padres se sirvieron el café en el sofá, mi hermana se marchó a casa de una compañera a hacer un trabajo de no sé qué y yo me encerré en mi cuarto, dispuesto a luchar con mis apuntes.

Alicia y yo nos metimos en el cine para ver *La biblioteca de los libros rechazados*, una película francesa muy ingeniosa. En ella una joven editora publica una novela escrita por un cocinero fallecido unos años antes. La novela es un éxito de ventas. Pero lo extraño es que la viuda del autor aseguró que su marido apenas sabía leer y escribir.

Cuando salimos del cine, nos metimos en un bar para tomar unos pinchos de tortilla. El tiempo estaba fatal. Octubre avanzaba a grandes zancadas hacia el invierno.

Una vez agotado el tema de la película que acabábamos de ver, Alicia comenzó a hablarme de un documental que había visto en la tele sobre el asunto de los inmigrantes que vienen de África a Europa en barcos que no pueden atracar en ningún puerto seguro. Como es habitual en ella, se puso a lanzar exabruptos contra la clase política, que es la única responsable de tantas calamidades.

–Es una vergüenza que en el siglo XXI pasen estas cosas. Nadie quiere ayudar a esos pobres desgraciados.

–La política internacional no es sencilla –dije yo más que nada por decir algo.

–No creo que hables en serio. Esos infelices son víctimas de la explotación a que los sometemos nosotros, el mundo desarrollado.

–Yo no exploto a nadie.

–Ya sabes lo que quiero decir. Huyen de las guerras, del hambre, de la miseria... La mayoría son mujeres y niños asustados...

Cuando Alicia se ponía en plan misionero, era imparable.

–¿Qué culpa tienen ellos de haber nacido en un país dominado por unos criminales?

Alicia es una luchadora nata. La conmueven todas las desgracias de la humanidad. Está afiliada a dos ONG, se apunta a todas las manifestaciones que defienden los derechos de cualquier grupo desfavorecido. Cierta vez participó en una

protesta municipal porque los jardineros del ayuntamiento iban a arrancar unas acacias en una calle. Ella y varias amigas se ataron con cadenas a los árboles, hasta que vinieron las autoridades, la prensa, la tele, los vecinos..., y se armó un follón de cuidado. Al final, consiguieron que dejaran los árboles tranquilos.

Yo comparto sus ideas, pero reconozco que soy mucho más moderado.

–¿Qué piensas? –me preguntó Alicia de pronto.

Me había quedado ensimismado mientras ella hablaba de los inmigrantes que mueren ahogados en el Mediterráneo.

–La verdad es que pensaba en ti.

–Zalamero.

Nos dimos un beso.

–¿Salimos a la calle?

Pagamos y abandonamos el bar. Hacía un poquito de frío, así que nos abrazamos y caminamos sin hablar un rato, cada uno embebido en sus pensamientos. Me encanta pasear con Alicia mientras permanecemos callados. Es hermoso compartir el silencio con la persona amada.

De repente me acordé de la visión que había tenido al mediodía. La escena de aquel joven que se lanzaba desde lo alto de un edificio de varias alturas volvió a mi mente con una brusquedad intolerable. Alicia debió de notar algo.

–¿Qué te ocurre?

Sonreí.

–Nada. Estaba acordándome de la película que hemos visto –mentí.

No tenía ganas de revivir aquella alucinación, y menos de preocupar a Alicia.

–Me ha parecido una gran película –dijo Alicia, que presume de ser una experta en cine–. Sobre todo, no es una de esas payasadas que nos endosan los yanquis.

Alicia había declarado la guerra también al cine estadounidense, al que criticaba de frívolo, pueril y solo apto para cretinos.

–Los franceses tienen un alto sentido de la responsabilidad artística –sentenció.

–Estoy de acuerdo –dije con la mente ocupada por la imagen del suicida.

Hablando de todo un poco llegamos a su portal. Era viernes, y no demasiado tarde, pero me sentía agotado.

–Mañana nos vemos –dije a modo de despedida–. ¿Te apetece que por la mañana nos demos un paseo?

–Me parece perfecto.

Durante varios días en mi vida no ocurrió nada reseñable. Mi familia, las clases en la Universidad y mi relación con Alicia ocupaban todas mis horas.

Sin embargo, notaba que algo estaba a punto de suceder. Era una sensación que no se sustentaba en ningún hecho concreto o físico y que, por lo tanto, no podía compartir con nadie. Rumiaba mi desasosiego en silencio. Me distraía con cualquier cosa y me costaba a veces seguir el hilo de las clases o el fluir de una conversación familiar.

A veces me quedaba escuchando, como si a través del silencio me llegaran palabras remotas o conversaciones en otros idiomas. Incluso llegué a pensar si sufriría algún problema auditivo. Por las noches, cuando apagaba la luz y el mundo se quedaba dormido a mi alrededor, permanecía atento, auscultando la quietud que me envolvía, y creía percibir sonidos difusos y lejanos. Cerraba los ojos, pero no conseguía descansar del todo, y volvía a despertarme sobresaltado, aquejado por una vigilia febril que no me permitía tener sosiego.

Aquella noche me había quedado estudiando hasta muy tarde. Tenía demasiado trabajo atrasado. Eran las dos menos cuarto de la madrugada y la casa se encontraba sumida en un silencio absoluto.

El sueño me vencía. Me levanté y, antes de meterme en la cama, me asomé un instante a la ventana como solía hacer siempre. Desde mi habitación tenía una panorámica perfecta de mi calle. Me resultaba increíble comprobar cómo Madrid nunca descansaba. De noche y de día había siempre un remolino de coches y de gente en todas direcciones. Contemplé las luces cambiantes de los semáforos, las verdes de los taxis, las amarillas de las farolas...

Hacía fresquito, pero resultaba reconfortante aquel aire frío de la madrugada otoñal en el rostro, así que cerré los ojos unos momentos y me dejé acariciar por el relente.

De repente oí con absoluta claridad una voz a mis espaldas. Una voz opaca que acababa de pronunciar unas palabras incomprensibles.

Me volví, turbado, y me enfrenté a la oscuridad. La claridad de la calle entraba a través de la ventana, instalando en la habitación una penumbra mortecina. Nada parecía alterar la quietud nocturna. Cada objeto reposaba inmóvil en su sitio, como sin vida.

Mis ojos se posaron sobre el ordenador. La pantalla pestañeó varias veces y de forma inesperada aparecieron en ella unas imágenes.

¡Aquello no tenía sentido!

¡El ordenador que yo había apagado hacía ya más de una hora se había puesto en marcha sin que nadie lo tocara!

Me acerqué despacio, con la mirada fija en la pantalla. Las imágenes sufrieron interferencias, rayas y pitidos extraños, como si la señal no llegara bien; se apagaban y encendían, pero eran escenas cambiantes, en idiomas distintos, hasta que final-

mente se quedaron estabilizadas en un paisaje urbano, en blanco y negro, como esas películas de la época de mis bisabuelos que a veces ponen en La 2.

Me senté, hipnotizado, sin dejar de mirar la pantalla. La imagen mostraba una azotea, con antenas parabólicas, sábanas tendidas y cables de la luz. Al fondo se veían las cúpulas de otros edificios, la torre de alguna iglesia, el cielo plagado de nubes, y varios pájaros volando por las alturas.

De forma inesperada, las imágenes cobraron color.

Alguien entró en escena. Era un joven que había aparecido por la derecha, el pelo ondulado, el gesto tenso. Vestía ropas modernas y hablaba a la cámara, pero yo no era capaz de escuchar nada. Las imágenes eran completamente mudas. Recordé, con el corazón estrangulado por el pánico, la escena que había presenciado días atrás. La de aquel joven que se lanzó al vacío en mi calle. Había sido solo una alucinación, pero ya no sabía qué pensar. Esto era demasiado parecido. Un joven, una azotea, unas palabras incomprensibles... Saqué el móvil e hice varias fotos a la pantalla del ordenador, temiendo que aquello que veían mis ojos se esfumara de forma tan extraña como había aparecido.

El joven se asomó a la azotea, gritó algo a la cámara, que no entendí, y se lanzó al vacío. Antes de que me repusiera de la impresión, las imágenes comenzaron a ponerse borrosas. La pantalla se llenó de rayas, interferencias, cortes y pitidos.

Y de pronto se apagó.

Tardé varios minutos en reaccionar.

¿Qué estaba pasando?

Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

Abrí la galería del móvil y di enseguida con las fotos que había tomado de la pantalla del ordenador. Allí estaban. Eran cinco. El joven hablando a la cámara, el joven señalando hacia

el cielo, el joven acercándose a la baranda, el joven saltándola y el joven lanzándose al vacío.

Las miré una por una, ampliándolas al máximo.

En una de ellas, la primera, el muchacho se veía perfectamente. Debía de tener mi edad más o menos. Más bajo que yo, pero un poco más corpulento. Los rasgos faciales evidenciaban que se trataba de un joven latinoamericano. Pelo negro, ondulado y un poco largo. Vestía una camiseta de cuello redondo, pantalones vaqueros, y calzaba zapatos de cuero tipo mocasín.

Por lo demás, no podía destacar nada.

Aquella azotea podía estar en cualquier parte del mundo.

¡Y un chico latinoamericano! ¡A saber! ¡Podía ser colombiano, guatemalteco, chileno, peruano...!

Me metí en la cama. A la luz de la lamparita de noche, volví a mirar las cinco fotos.

En una de ellas, el joven señalaba hacia el cielo. ¿Hacia el norte, hacia el sur, hacia el este o hacia el oeste? ¿Qué quería decir?

Observé que las sombras podían darme información. Estaban detrás de él. Igual que las sombras de las sábanas y las antenas. Era más que probable que aquel muchacho estuviera señalando el sol.

¿Señalando el sol?

Repasé las fotos. Escudriñé la tercera. En ella el chico se acercaba a la baranda. Detrás de él, a lo lejos, se podía divisar algo. Amplié al máximo. Parecía una estatua sobre un pedestal. Apenas podía distinguir nada porque la ampliación difuminaba casi por completo la imagen. Me levanté de la cama y busqué en el segundo cajón de mi escritorio. Allí guardaba el material escolar de cuando iba al instituto. Encontré la lupa, junto al compás, el cartabón y la escuadra. Regresé a la cama. La apliqué sobre la foto. Sí. Era una estatua sobre una columna. Amarilla. Se trataba de una figura enorme con alas desplegadas, que sos-

tenía un objeto redondo en una mano. ¿Un ángel, una divinidad mitológica?

Estuve mirando y remirando las fotos hasta que el sueño comenzó a ganarme la batalla. Apagué el móvil y la luz de la lamparita de noche, y me sumí en las aguas turbulentas de mis pesadillas. Cuando me desperté, la luz del amanecer se filtraba por la ventana.

Por mi cerebro pululaban imágenes absurdas. Madrid era una ciudad en llamas que sobrevolaban terribles aves prehistóricas. Sus picos lanzaban llamaradas de fuego, como si fueran dragones, incendiándolo todo.